

Mario Rossel Contreras*

El período del segundo imperialismo, su ideología y el romanticismo tardío

El siglo XIX culturalmente cobija a varias sensibilidades –realismo, naturalismo, impresionismo, expresionismo–, pero será el romanticismo la sensibilidad dominante que campeará incluso en los albores del siglo XX. En la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del siguiente, el romanticismo manteniendo las vertientes medulares que conforman sus rasgos esenciales –subjetivismo, irracionalidad, cultivo de la interioridad, liberación de la emotividad–, desarrollará el sesgo que configura su nueva peculiaridad, y es lo que denominaremos “su proyección cósmica”. El romanticismo de las postrimerías, es el que llamamos romanticismo tardío, sensibilidad que manteniendo los rasgos anteriores del romanticismo, se despliega en vastos y complejos horizontes que expresan sentidos últimos, enmarcados en situaciones apocalípticas, mesiánicas o de alboradas de nuevos mundos que emergerán de otros que irremediamente concluyen y que dejan reverberando letales nostalgias. Es la proyección macro heroica. Debemos observar que esa “proyección cósmica” ya estaba en la sensibilidad romántica –Tercera, Quinta y Novena Sinfonía de Beethoven–, al igual que en otras expresiones culturales –segunda parte del *Fausto* de Goethe, Hegel–, pero es en las postrimerías del siglo XIX cuando se desarrolla en plenitud.

Varias expresiones de la cultura Occidental dan cuenta o se expresan en el marco de esa sensibilidad –pensamos en Nietzsche, en Marx, en las distintas vertientes del anarquismo, en Dostoievski, en Tolstoi, en Freud. También Heidegger, Max Weber, Spengler y Thomas Mann resultan más que tocados por dicha sensibilidad, pero solo elegiremos la música para resecarla. Quizás sea esta una de las expresiones culturales que mejor da cuenta del romanticismo tardío o de las postrimerías.

Sus exponentes más señeros serán Verdi –el de *Aida* y de *Otello*–, Cesar Frank – particularmente su *Sinfonía en Re*– Wagner, Brahms, Anton Brückner, y desde luego Gustav Mahler. Grandes masas orquestales –desde Beethoven las orquestas ya más que se han duplicado en instrumentos, añadiendo varios otros–, estructuras complejas y

*Profesor de
Derecho
Internacional
Público
Universidad de
Valparaíso y
Universidad del
Mar

dilatadas. En la trama de la ópera predominan las proyecciones macro heroicas dentro de un sentido mesiánico, apocalíptico o de grandes alboradas –en Wagner *Tanhäuser*, *Parsifal*, *Lohengrin*, *Sigfrido*–. Las obras solo orquestales como las de Brahms, Bruckner y Mahler, están también preñadas de sentidos últimos, los que se obtienen a través de un vasto instrumental que el romanticismo ha acumulado a esa altura de los tiempos –una gran orquestación, dilatado desarrollo temático, uso del leit-motiv principalmente en Wagner lo que permitirá utilizar el simbolismo en música como nunca antes y abriendo posibilidades ilimitadas a una compleja pluralidad de mensajes, lo que no por nada asombrará en un comienzo a Nietzsche antes de la ruptura. La utilización efectista de los timbres, particularmente bronce y maderas –oboes, clarinetes, cornos, trombones–, a más del uso de diversos instrumentos de percusión, permitirá abordar los más variados rincones de la emotividad en un lenguaje riquísimo, no solo dado por el desarrollo temático, sino también por el cultivo de una variedad de combinaciones de timbres que sumirá al oyente en mundos de intimidad, horror, misterio, de veladas nostalgias que apenas se sugieren, de anticipación murmurante de situaciones apocalípticas o mesiánicas, para luego desencadenar clímax con *tutti* de inmensas orquestas que capturan al oyente, el que ya no es oyente, porque todo romanticismo y particularmente el tardío, pretende implicar al auditorio, cogiéndolo y haciéndole vivir también el drama.

Así como el primer Imperialismo se sitúa en la antesala del barroco, sensibilidad que en una de sus vertientes cultiva el fasto y lo magnánimo –barroco cortesano–, el segundo Imperialismo se desarrolla inserto en la sensibilidad del romanticismo tardío.

El período correspondiente al segundo Imperialismo se desarrolla entre la unificación alemana y la Primera Guerra Mundial –1871 y 1914–.

El romanticismo tardío será la atmósfera cultural que con su gran manto envolverá la etapa que nos preocupa, existirán varias finalidades entre ambos –el gran formato, las macro dinámicas, el sentido heroico y mesiánico que embriagará a las potencias y a varios de sus actores–. Pero nos detendremos más en el ámbito ideológico de la cultura europea en el período indicado.

La dinámica económica, en el período correspondiente al segundo Imperialismo, le imprimirá al capitalismo una inusitada velocidad. La segunda fase de la Revolución Industrial permitirá la generación de nuevos procedimientos para fabricar acero, irrumpirán nuevas fuentes de energía, se racionalizará la producción, masificándose y adoptando la industria procedimientos automáticos altamente especializados, el desarrollo científico incidirá en el desarrollo tecnológico de la industria, la red ferroviaria se habrá triplicado en Europa entre 1860 y 1890, en el 60 ya se ha generalizado la telegrafía, en la década del 70 la economía manchesteriana, habrá dado paso al capitalismo financiero y monopolista y las potencias comenzarán a impulsar políticas económicas fuertemente proteccionistas y dirigidas. La economía comenzará su proceso de globalización. En el ámbito

demográfico un fuerte aumento de la población tendrá lugar en Europa entre 1870 y 1910, creciendo de 290 millones a más de 400 millones⁽¹⁾.

A partir de la década del 70 las potencias europeas emprenderán su aventura imperialista, expandiéndose hacia África y Asia, invocando ideológicamente diversas razones, como lo examinaremos. Las potencias buscarán la solución a sus problemas demográficos, también nuevas fuentes de materias primas, nuevos mercados donde colocar el excedente de producción y donde invertir, porque las tasas de utilidad del Continente son insuficientes⁽²⁾.

En el ámbito de la institucionalidad política continuará la pugna entre el primer Estado moderno –soporte de las fuerzas conservadoras– y el segundo Estado moderno o Estado clásico, sustentado en el constitucionalismo escrito y en los principios de soberanía nacional, separación de poderes –en Europa el parlamentarismo– y derecho individuales. En los últimos decenios del siglo XIX el liberalismo será la doctrina dominante en la política europea. No obstante los movimientos anarquistas y socialistas capturarán también el descontento radical contra la institucionalidad vigente⁽³⁾.

El nacionalismo será una vertiente gravitante, tanto en el orden interno como internacional. De componente neutro del Estado, tendrá luego importancia en el diseño abstracto de nación, pero desde 1800 emergerán sus peculiares rasgos –lealtad emotiva a un grupo cultural y un anhelo romántico liberador–, comportando en gran medida una proyección del liberalismo hacia los pueblos sojuzgados –situación de los Balcanes, de Alemania e Italia antes de su unificación–. Desde 1870 la vertiente nacionalista se extrema, se invierte y se transforma en culto frenético del poder político de las potencias, alimentado por la opinión pública, pilar ideológico de sus anhelos de grandeza y, por ende, del expansionismo. En el ámbito internacional, los Balcanes, las tres crisis de Marruecos, y en general, todo el expansionismo en África y Asia, se cultivará en alas de la “grandeza nacional”. Los coros verdianos conformarán verdaderas puntas de lanza del nacionalismo italiano contra la dominación austríaca, Wagner revivirá en la Tetralogía del *Anillo de los Nibelungos* “el alma mítica” de la Gran Alemania, el ciclo *Mi Patria* de Smetana capturaré el patriotismo eslavo, Sibelius las emprenderá contra el expansionismo ruso –Suite *Finlandia y Karelia*– y, antes, Chopin con sus *Polonesas* atizará el nacionalismo polaco⁽⁴⁾.

En el ámbito de las relaciones internacionales continuará la dinámica expansionista del orden westfaliano y el relativo equilibrio provendrá del “peso y contrapeso” que origine el juego de intereses entre las grandes potencias –Inglaterra, Alemania, Fran-

1 *Civilizaciones de Occidente* de Edward Mc Nall, ediciones Peuser, 7ª edición, 1960, págs. 651 y 652. La Era del Imperio de Eric Hobsbawm, ediciones Grijalbo Mondadori, S.A. 1998, Argentina. págs. 71 y sgts.

2 *La Época del Imperialismo –Europa 1885 a 1914–* de Wolfgang J. Mommsen, editorial Siglo XXI, 1987, México, pág.36.

3 Wolfgang J. Mommsen, op. cit., pág. 5.

4 Edward Mc Nall. op. cit., pág. 709 y Eric Hobsbawm, op. cit., págs. 80 y sgts.

cia, Austria y Rusia—. El imperialismo inglés y la unificación de Alemania serán componentes gravitantes en las relaciones internacionales. Inglaterra con intereses casi en todo el globo tendrá tensiones con casi todas las potencias. Alemania como primera potencia europea constituirá una permanente amenaza para el orden europeo. Bismarck logrará aislar a Francia y mantener relativamente cohesionada a las tres potencias absolutistas —Alemania, Austria y Rusia—, sin provocar a Inglaterra. La impredecible Rusia con sus erráticos anhelos de expansión tanto hacia Occidente —los Balcanes— como hacia Oriente y puntualmente presionando de un modo permanente en los Balcanes y contra el Imperio Otomano, complicará mucho su vinculación con el mundo alemán y con Inglaterra. Francia con su expansionismo en Africa y Asia y su revanchismo, por recuperar Alsacia y Lorena contribuirá a tensar el orden internacional. El Imperio Austro-Húngaro, será pieza gravitante en el equilibrio que nos preocupa, pero con una tremenda inestabilidad interna y sus intereses colisionando siempre con los de Rusia en los Balcanes. En el período “post Bismarck”, la política alemana, liderada por el Káiser perderá su brújula, Francia saldrá de su aislamiento y concluirá por gestarse un acercamiento a Inglaterra y Rusia, quedando aislado el mundo alemán. El tenso orden internacional en el período que nos preocupa, en varias oportunidades tendrá a Europa al borde de la guerra, hasta que esta se desencadene con proyecciones apocalípticas en la Primera Guerra Mundial⁵.

El gran formato del período que nos preocupa, provendrá así de complejas vertientes y varias finalidades surgirán entre aquel período y el romanticismo tardío, sensibilidad dominante y coetánea, entre cuyos rasgos observamos los grandes horizontes que la componen, ora con proyecciones mesiánicas, ora con claras premoniciones apocalípticas y que diseñan también un gran formato.

Pero sobre todo, las filialidades observadas se muestran de manera clara en los fundamentos ideológicos del segundo Imperialismo. Recordemos que el primer Imperialismo ideológicamente se sustenta en la necesidad de evangelizar al mundo, de expandir la fe cristiana y serán los jesuitas los que lideran en este ámbito. Tendrá un fuerte sesgo “contrarreformista”.

El componente ideológico se desacralizará en la etapa que nos preocupa. Se destacará el carácter superior y misionero de la cultura Occidental y aún se irá más lejos invocándose la superioridad racial de la “cultural blanca”. Recordemos que Gobineau y Chamberlain habían desarrollado la tesis de la desigualdad de razas y la superioridad de la raza blanca. El concepto de superioridad se mezcla con la vertiente místico religiosa de la predestinación de ciertos pueblos para conquistar y civilizar el mundo, misión que se considera irrenunciable⁶. Ni Inglaterra ni Alemania se librarán de esta

5 *La Diplomacia de H. Kissinger*, editorial Fondo de Cultura, año 1995, México, págs. 73 y sgts., y 133 y sgts., y Selva López, *El desarrollo Europeo y la Expansión Imperialista*, editorial Cíncel, España, año 1979, págs. 63 y sgts.

6 Selva López, op. cit., pág. 44.

El Káiser Guillermo II, cuya sensibilidad deambulaba entre la “Belle Époque” y el romanticismo tardío, en 1907 expresará: “El pueblo alemán, unido en un espíritu de concordia patriótica, será el bloque de granito sobre el que Dios nuestro Señor podrá edificar y rematar la obra civilizadora que Él se propone en el mundo”.

En el mismo sentido en Francia en 1897 Lavisseau en sus *Principes de Colonization* expresará: “Expansión y mezcla de razas, son las condiciones imprescindibles de la vitalidad y la perduración de las naciones”.

Teodoro Roosevelt envuelto en la misma gran atmósfera dirá: “Cuando una nación poderosa teme la expansión y renuncia a ella, puede asegurarse que su grandeza y poder se aproximan al ocaso”⁽¹⁰⁾. Y otro político norteamericano —senador Beveridge— en 1900 espetará, previa afirmación de superioridad de la raza blanca: “Dios no ha venido preparando durante mil años a los pueblos teutónicos y de habla inglesa para una vana actitud de autocomplacencia y de autodeterminación. ¡No!, nos ha convertido en organizadores magistrales allí donde reina el caos”.

En el mismo ámbito macro ideológico en 1913 Von Litsz entendía el Derecho Internacional como el conjunto de preceptos que conformaban los derechos y deberes recíprocos de los Estados pertenecientes a la comunidad internacional en lo concerniente al ejercicio de los derechos de soberanía, entendiendo por “comunidad de derecho de gentes o familia de naciones”, solo a la formada por Estados civilizados. Los demás Estados, los semicivilizados no formaban parte de la comunidad internacional sino en la medida en que hubieren concluido tratados con los civilizados, y cuando así no fuere, la comunidad puede prevalecerse de su potencia de hecho, existiendo vinculaciones solo de carácter moral, producto del sentimiento cristiano y de humanidad. Diseña Von Liszt toda la tesis imperialista en el ámbito del orden internacional y sobre la base de la distinción entre naciones civilizadas y no civilizadas, la superioridad de aquellas y el derecho que poseen en base a esa superioridad para “prevalerse de su potencia de hecho”. Al decir del profesor Alejandro Rodríguez Carrión, aún perviven reminiscencias de esa distinción en la Carta de las Naciones Unidas y en el Estatuto del Tribunal Internacional de Justicia⁽¹¹⁾.

Rudyard Kipling será el poeta del imperialismo inglés y en su himno *Recessional*, diseñado para celebrar el sexagésimo aniversario del advenimiento al trono de la reina Victoria insta a Inglaterra a no olvidar su misión de ampliar la civilización Occidental, pero advierte también sobre la fugacidad de los Imperios: “Toda nuestra pompa de ayer es la misma Nínive y Tiro... Señor, Dios de los ejércitos, estad presente con nosotros, pues temo que nos olvidemos... que nos olvidemos”. En otro poema dirá, no sé si premonitoriamente, pero señalando los límites profundos de la penetración impe-

10 Seiva López, op. cit., pág. 45.

11 Lecciones de Derecho Internacional Público de Alejandro Rodríguez Carrión, editorial Tecnos S.A., España, año 1995, págs. 50 y sgr.

rialista: “Oh, el Este es el Este y el Oeste es el Oeste y nunca se encontrará el uno al otro”. La doctrina de Kipling, conocida como “white man’s burden” –la responsabilidad del hombre blanco–, se traduce en la obligación de las naciones blancas de transmitir a los pueblos subdesarrollados las conquistas de la civilización europea⁽¹²⁾. Alfred Tennyson en *In Memoriam*, también en tonos sombríos se preguntará si los templos del hombre “construidos con estériles plegarias” se dispensarán “en las arenas del desierto” o “serán sepultados para siempre en las colinas de bronce”, sin antes advertir que “mil especies han perecido” y que “todas perecerán”⁽¹³⁾.

Todo el sustento macro ideológico que hemos tratado precedentemente está impregnado por la atmósfera mesiánica o apocalíptica del romanticismo tardío –el fuego civilizador de Occidente, el gran sentido de misión en la alborada de un mundo nuevo, la superioridad que el destino ha asignado a ciertos pueblos, el sentimiento crepuscular si no se escuchan aquellas voces superiores de la historia–. Jacobo Burckhardt observará que se abominará de la pertenencia a un pequeño Estado, “como si fuera una vergüenza”⁽¹⁴⁾.

Marx, inmerso también en esa sensibilidad, espetará en las *Tesis* de Feuerbach, al mejor gran estilo, que “los filósofos solo han hecho interpretar el mundo de diferentes maneras, lo que importa es transformarlo” –tesis undécima–. Diseñará una concepción de la historia conformada por macros períodos ascendentes, determinados por el sistema de producción dominante que generará la lucha de clases, “motor de la historia”, períodos que violentamente se van desintegrando, hasta llegar a la no historia, a la sociedad sin clases, una suerte de paraíso desacralizado. Nietzsche en el *Zaratustra* proclamará la muerte de Dios, del hombre y el advenimiento del superhombre, la eternidad a través del eterno retorno, y en su obra póstuma la voluntad de poder, “como esencia de la vida y del mundo”. Al final de la Tetralogía del *Anillo de los Nibelungos* –*El Ocaso de los Dioses*– tiene lugar la destrucción apocalíptica del Walhalla, mundo de los dioses, pero del fuego devorador se despliega el tema soberano de la “Redención”, surgiendo con los últimos compases la alborada de un mundo nuevo –crepúsculo y alborada, apocalipsis y mesianismo–.

12 Carl Grimberg, *Historia Universal*, Tomo XXVIII, editorial Ercilla 1985, pág. 112. Eric Hobsbawn, op. cit., pág. 92. Wolfgang J. Mommsen, op. cit., pág. 11.

13 *La Filosofía en el Siglo XIX*, dirigida por Ivon Belaval, editorial Siglo XXI, México, 1985, pág. 358

14 Wolfgang J. Mommsen, op. cit., pág. 10.